ADAM BLADE

Busca Fieras®

¡CROMOS COLECCIONABLES DE REGALO!

VESPICK

LA AVISPA REINA

DESTINO

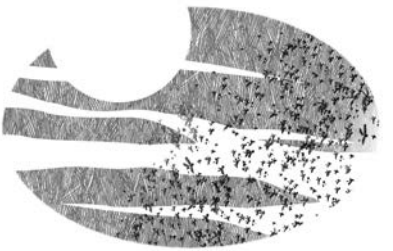
Vespick,
la avispa reina

Adam Blade

DESTINO

Un agradecimiento especial a Cherith Baldry

A Max Wiltshire



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© de la traducción: Macarena Salas, 2016

Título original: *Vespick The Wasp Queen*
© del texto: Beast Quest Limited 2010
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Steve Sims - Orchard Books 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2016
ISBN: 978-84-08-15734-2
Depósito legal: B. 13.088-2016
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

LA ÚLTIMA FIERA

—Tom, ¿estás herido? —preguntó Elena ansiosa.

Su amigo se sentó en el suelo, en el límite del bosque, con la cabeza apoyada en las manos. Pensaba que el dolor le iba a hacer estallar la cabeza. Peor que el dolor eran las visiones de su madre moribunda que le había mostrado el brujo Velmal. El chico quería quitárse-

las de la cabeza, pero tenía la imagen de Freya enferma clavada en la mente. Todavía podía verla tumbada en el suelo rojo como la sangre, pálida como la muerte.

«No puedo abandonar ahora —pensó—. No cuando estoy tan cerca de encontrar el último ingrediente que la salvará.»

Sintió la lengua húmeda de *Plata,* que le lamía la cara. Tom levantó la vista y vio que el lobo y Elena estaban agachados cerca de él, con cara de preocupación. En algún lugar detrás del muchacho, *Tormenta* relinchó ansioso.

—Estoy bien —dijo Tom con voz entrecortada. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie e ignorar la debilidad que sentía en las piernas y enderezó los hombros.

»Los nuevos trucos de Velmal no van

a impedir que complete esta Búsqueda —prometió—. ¡Solo nos queda vencer a una Fiera!

—¿Qué dice el amuleto, Tom? —preguntó Elena.

Tom sacó el amuleto mágico de Avantia que llevaba colgado al cuello y observó el mapa que se formaba en su superficie. El camino iba hacia el sureste.

—Miton... —murmuró el chico leyendo las letras que habían aparecido encima de la región—. Es ahí adonde debemos dirigirnos.

—¡Mira eso! —Elena señaló la imagen pequeña de un castillo con torreones y almenas y una bandera que ondeaba desde el torreón más alto—. Miton debe de ser la capital, donde vive la reina guerrera Romaine. Ella... ¡Oh!

Tom gritó al ver lo que había visto su amiga. En el mapa se veía la imagen de una avispa volando cerca del torreón. Movía las alas con rabia y tenía un peligroso aguijón con un brillo verde y extraño. El nombre «*Vespick*» apareció a su lado con letras brillantes.

—¡Esa es la nueva Fiera! —exclamó Tom—. Toda la ciudad debe de estar en peligro.

—Pero ¿dónde está el siguiente ingrediente de la poción? —preguntó Elena observando el amuleto—. Hasta ahora siempre había aparecido en el mapa. Sin él no podremos salvar a tu madre.

—Lo sé —contestó muy serio Tom—. A lo mejor, la Fiera tiene el ingrediente, sea lo que sea. Solo hay una manera de averiguarlo.

Se dio media vuelta y caminó con paso firme hasta *Tormenta*.

—Debemos emprender el viaje —dijo mientras se subía a la montura y extendía una mano para ayudar a Elena a subir detrás.

«Y no tenemos ni idea de cuándo se va a hacer de noche —añadió para sus adentros—. Ni cuánto tiempo de vida le queda a mi madre.»

—Será mejor que nos pongamos en camino —dijo.

Después de una corta cabalgada, Tom tiró de las riendas de *Tormenta* para que se detuviera en el borde de un maizal. Por delante de él, la cosecha se movía y crujía con la brisa.

—¡Ten cuidado, *Plata*! —avisó Elena al lobo—. No salgas corriendo.

Plata lanzó un gemido y se sentó obediente al lado del caballo.

—Tenemos que ir por ahí —dijo Tom sacando de nuevo el amuleto y com-

probando la ruta. El camino que bordeaba el maizal se alejaba mucho de su destino—. Será mucho más rápido atravesar el maizal para llegar a Miton.

—Pero eso es un campo de cultivo —dijo Elena con inquietud—. Si pasamos por encima, dañaremos la cosecha.

—No podemos perder tiempo —dijo Tom.

Sacó de su bolsa la brújula que le había dado su padre y vio cómo la aguja se movía entre las palabras *Destino* y *Peligro* hasta detenerse. Señalaba a la palabra *Destino* al otro lado del maizal.

—Está claro —dijo Tom guardando la brújula en la bolsa—. Vamos por ahí.

El chico guio a *Tormenta* por el maizal, intentando que pisara la menor cantidad posible de plantas. *Plata* trotaba a su lado, siguiendo el camino que marcaban los cascos del caballo.

A medida que se adentraban en el maizal, a Tom le pareció oír unos crujidos por detrás, a pesar de que no soplaba la brisa para mover el maíz. Miró por encima del hombro, pero no vio nada.

—¿Has oído algo? —preguntó Elena.

Tom negó con la cabeza.

—Solo el maíz al rozar con el cuerpo de *Tormenta*.

El chico no estaba tan seguro. «Me sigue doliendo la cabeza —pensó apretando los dientes por el dolor—. A lo mejor eso me hace oír cosas.» Intentó sofocar su ansiedad, pero no podía.

—Debemos seguir —dijo para sí mismo—. ¡Nos espera una Fiera!

Muy pronto, Tom divisó la silueta de un arbusto al otro lado del maizal. Por detrás se veían unas colinas suaves cubiertas de hierba.

—*Tormenta* podrá galopar en esas praderas —dijo señalando hacia delante—. Con un poco de suerte llegaremos pronto a Miton.

Mientras hablaba, el cielo se puso oscuro.

«¡No puede hacerse de noche tan pronto! ¡Ni siquiera aquí, en Kayonia!»

Tormenta se alzó sobre sus patas traseras cuando una red les cayó encima, atrapándolos con sus pliegues pesados.

«¡Una red!», pensó Tom.

Tormenta movió la cabeza y relinchó temeroso, y *Plata* aulló para protestar.

El chico intentó sacar la espada para cortar la cuerda gruesa, pero era inútil. ¡Estaban atrapados!